

Madre araña
Astor Ledezma

[primera piedra]

- © Astor Ledezma
- © Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
- © Secretaría de Cultura de Coahuila
Juárez 319, Zona Centro
C.P. 25000. Saltillo, Coahuila de Zaragoza
Correo electrónico: premiosliterarios.sec@gmail.com

Edición: Alejandro Beltrán

ISBN Colección: En trámite

ISBN: En trámite

Impreso y hecho en México
Saltillo, Coahuila de Zaragoza, 2019

Antonio corrió hacia el mar. Lanzó la ropa al llegar a la orilla. El encuentro fue glorioso. Las aguas envolvieron su cuerpo, refrescaron su piel tostada por el sol. Movi6 los brazos. Nad6 a lo profundo. Degust6 la sal impregnada en sus labios. Regres6 a la orilla. Se tumb6 en la arena firme. Dej6 que la espuma bañara su cuerpo.

El ojo humano habría visto a un hombre joven, quizá de 20 o 25 años tomando el sol junto a la playa. El ojo humano, con la ayuda de un microscopio, habría observado una bacteria enganchada a su traje de bañ6. El microorganismo entr6 por la puerta trasera, ascendió de manera triunfal por el recto y se aloj6 en las vísceras, muy cerca de los sanos riñones. No tard6 en abordar el torrente sanguíneo, recorrer el laberinto que irriga extremidades.

Antonio pudo conocer el mar. La bacteria se encargaría de hacerle recordar ese momento cada vez que tocara los muñones de su cuerpo.

*

Un parpadeo significa sí; dos parpadeos, no. Antonio se mantiene inm6vil ante la mirada sorprendida de los médicos. La sonda de oxígeno empieza a vibrar cada vez que cierra sus ojos, mostrando el esfuerzo que este acto le genera. Cada cierto tiempo descubren su cuerpo y, con la ayuda de algunos instrumentos, toman una muestra de su piel. Bacilo de Hansen, se atrevió a decir un médico al observar la carne descompuesta que cubría las extremidades. La lepra, sin embargo, es de incubación muy larga y no paraliza los músculos. Gangrena de Fournier, agreg6 uno más, pero la herida necrotizante no estaba en los genitales. Luego de largos

estudios en laboratorio, descubrieron que era una bacteria de origen marino, que sobrevivía en aguas cálidas de poca profundidad y que, aparentemente, consumía los tejidos después de atrofiarlos.

Decidieron llamarla “Bacteria comecarne”.

*

Inició con una leve picazón. Después de la fuerte asoleada, Antonio había recuperado el tono original de su piel. La parte baja de su espalda, en cambio, estaba cubierta por una intensa mancha rojiza. Atribuyó la coloración a los rayos del sol, y restó importancia al asunto. Con el paso de los días, la zona se tornó más oscura y, además de causarle prurito, una extraña rigidez le impedía realizar ciertos movimientos. Decidió acudir al médico una mañana en que, luego de rascar su espalda con insistencia, encontró fragmentos de piel incrustados en sus uñas.

Un médico realizó el primer cultivo. Al descubrir que no había similitud con otras bacterias ni con los síntomas que presentaba el paciente, envió la muestra a un laboratorio. Aún no concluían los estudios del ARN cuando Antonio presentó el primer desprendimiento de carne. Ingresó a la sala de urgencias con un boquete en el muslo. Los médicos observaron la abertura ennegrecida, salpicada con gotas de pus y, al fondo, la límpida blancura del hueso. Los tejidos de Antonio empezaron a encogerse, a tornarse rígidos. La atrofia se hizo presente en los músculos de mayor tamaño; luego, con el paso de los días, paralizó los más pequeños. El vertiginoso avance de la bacteria provocó que Antonio sólo pudiera utilizar el párpado para comunicarse. La pudrición de su carne, esas llagas que se abrían para dejar al descubierto sus huesos, avanzaba peligrosamente hacia el centro del cuerpo. Los médicos, después se supo, tomaron una decisión desesperada.

*

Cada cierto tiempo descubren su cuerpo. Lo flexionan con dificultad. Lo colocan cual feto sobre uno de sus costados. Con la ayuda de una larga aguja espinal extraen una muestra del líquido cefalorraquídeo. El párpado de Antonio se mueve frenéticamente al sentir la punción lumbar. Estudian el fluido de forma mecánica, como de costumbre, con la esperanza de encontrar alguna novedad, algo que los haga sentirse útiles. Acomodan nuevamente el cuerpo. Los brazos, las piernas, que antes contenían heridas purulentas, son ahora cuatro muñones de apariencia saludable. El enfermero que lo cuida lo ve en silencio, hace una mueca, luego tiene la ocurrencia de decir: Parece una estrella de mar. Los médicos reprimen la risa, continúan haciendo su trabajo. Antonio escucha el comentario. La mirada perdida en el techo. Parpadea dos veces.

El veneno avanzó lentamente. Agujas calientes subían por el brazo, se esparcían por los hombros, descendían hacia las piernas. Mi vista empezó a nublarse y tuve una epifanía: me encontraba en el pasillo de una iglesia de estilo gótico. Caminaba hacia el altar, el templo vacío, la humedad penetraba las paredes de piedra. Al llegar a la nave principal, un ser luminoso me tomó en brazos. Me elevó a un espacio aún más luminoso. Estuve flotando por tiempo indefinido, sostenido por extremidades brillantes, largas y delgadas, como varillas de metal. Poco a poco la nube me fue envolviendo, una suave cobija de seda, un capullo me arrullaba en la parte alta de aquella iglesia.

Diosa Aracne

Tejedora de sueños

Virgen de ocho brazos

Cubre mi pesar con tu largo telar de luz.

En el pináculo de aquel momento desperté de golpe. Tenía la cara empapada en lágrimas. Dos personas me observaban, sacudían mi cuerpo, revisaban mis signos vitales.

—¿La viste? —preguntó el doctor.

Lo miré con extrañeza.

—¿A quién?

—A la diosa Aracne. ¿La viste?

Aracne no era más que una simple mortal. Su habilidad para tejer, sin embargo, era digna de un ser superior. Ella nunca fue una diosa. Ciertamente. Pero sólo una deidad puede vencer a otra. Aracne superó a la diosa Atenea, quien la castigó por soberbia.

Pero, ¿no es mayor la arrogancia de Atenea al negar que su lienzo era menos complejo que el de Aracne?

No hay nada más grande que el ego de un dios.

Atenea fue humillada por el talento de una simple mortal.

Así las cosas, y por simple rabieta infantil, Atenea la convirtió en araña para condenarla a tejer.

Aracne habita el mundo de los sueños: ilusiones placenteras que casi siempre llevan a los linderos de la muerte.

Es una especie de nube.

Una masa luminosa en plena oscuridad.

Luz cálida que entibia la piel.

Hay un hilo que te jala como anzuelo, te deposita sobre la nube. La superficie tiembla a cada paso de aquella mujer.

Camina lentamente hacia ti.

Te levanta en brazos con delicadeza. Te envuelve en ese abrigo blanco que erotiza, que sana, que asfixia.

No puedes verla, sólo sentirla: adivinar la forma de su tacto puntiagudo.

Es Aracne. ¿Conoces el mito griego? La tejedora convertida en araña por la diosa Atenea.

La dama de cuerpo arácnido.

Captura a la presa con el hilo de su tela. La lleva hasta su nido. La envuelve con su fina seda para luego devorarla: como la Viuda negra que destruye al macho que la fecunda, no sin antes obsequiarle un último suspiro de placer.

Es ella, la diosa Aracne, la que baila de puntas sobre el delicado telar.

No todos despiertan a tiempo. Algunos se entregan a la criatura que hilvana su lienzo y los va llevando, en medio del éxtasis, a lo profundo de sus fauces.

El arquetipo de la madre amorosa: la que cuida, protege, controla y devora.

Es la madre que te lleva de regreso a su vientre.

A lo largo de mi carrera he visto casos de trastorno depresivo mayor. Pacientes que, a pesar de haber superado episodios críticos, continúan con un pesar que los arrastra a la tristeza.

Me actualizo constantemente con respecto a los fármacos de nueva generación. Ofrezco a mis pacientes medicina indicada a cada caso. Sin embargo, aun con apoyo psicológico, algunos no logran salir de ese bache.

Tuve una paciente a quien después de 10 años di de alta. No hubo manera de inyectar entusiasmo a su triste vida. Era un caso especial de depresión crónica. Un día vino a despedirse: haría un viaje por el sur de México, después se quitaría la vida. Atestiguar el sufrimiento de una década y no poder brindarle una salida, me obligó a apoyar su decisión con un gesto solidario. Los meses pasaron. Finalmente la di por muerta.

Una mañana llegó al consultorio. Fue una grata sorpresa. La encontré mejor, con una gran sonrisa, luciendo ropa en colores brillantes. Le pedí que me contara lo sucedido, pues había una mejoría notable en su estado de ánimo. Habló de una mujer con cuerpo de araña. La vio entre sueños. Corrió hacia ella como el huérfano que encuentra por fin a su familia, como el moribundo que avanza lentamente hacia la luz. Dijo, con timidez, que había tenido un intenso orgasmo, que con él expulsó los traumas que arrastraba de la niñez. No tuve el valor de cuestionarla. Me alegré por ella, porque al fin la había visto reír.

Pretendo investigar sobre esa experiencia que dijo tener y, de ser posible, someterme a ella. Quizá sea una opción para aliviar los daños emocionales, sobre todo aquellos que generan resistencia al medicamento.

La especie *Latrodectus mejjona*, conocida con el nombre de araña griega, es endémica de la zona montañosa del sur de Coahuila. No es común observarla en espacios urbanos, pues rehúye del bullicio. No mide más de cuatro centímetros y es de color negro brillante. Cuando se siente amenazada, levanta las patas frontales y muestra sus grandes colmillos, cuya mordida es casi siempre mortal.

Hasta hace algunos años no existía antídoto para el veneno de la araña griega. Entre las víctimas mortales sólo se contaban campesinos y pepenadores: no era un negocio rentable para las farmacéuticas. A esta araña se le asocia también con chistes de humor negro. Los adultos cuentan, entre risas, que el que muere por su ataque muere feliz. Comentan historias de hombres que fueron mordidos, que gemían de placer en el suelo con una portentosa erección, priapismo, por el veneno neurotóxico, y que al final, momentos antes de morir, eyaculaban profusamente, como si en ellos les fuera literalmente la vida. La sonrisa cálida y el rostro sereno como rastro de una muerte poco común.

Fue hasta el día en que un joven turista practicaba rapel en el cerro El Pueblo y resultó mordido, que los médicos comprobaron los efectos del veneno. Recibieron al paciente en estado de semiinconsciencia, con respiración acompasada y un gesto de placidez. Luego de unos leves gemidos empezó a mover la pelvis de manera ascendente y descendente, mientras su miembro se erguía de manera notable. Los jadeos se tornaron efusivos, pero la sonrisa permanecía en su cara. El joven eyaculó en la cama del hospital, después tuvo un paro respiratorio. Por fortuna pudieron estabilizarlo. Tras la recuperación, el hombre contó su testimonio: venía con dos amigos cuando la araña le mordió arriba del tobillo.

Habían escuchado del mítico insecto y decidieron buscar ayuda. Ya en el auto sintió muchas ganas de dormir. Escuchó la voz de sus amigos, le pedían que despertara. Él se sentía bien, muy cómodo y ligero, entrando a un sueño cada vez más profundo. Tuvo algunas visiones. Había una mujer enorme, poderosa, que le hablaba con dulce voz de soprano. No podía ver su cara, sólo su pecho y sus manos, que cada vez que lo tocaban le erizaban la piel. Una sensación tan agradable, decía, tan pura.

Laboratorios dedicados a investigar la disfunción eréctil realizaron estudios más amplios: querían determinar qué provocaba la potencia sexual en las víctimas, de qué manera podía emplearse el veneno para problemas de esa índole.

Mi madre pidió que le inyectara morfina. Tomó la droga y llenó la jeringa, me la entregó y subió su falda, señalando un punto debajo de los glúteos.

–Tócale bien –dijo con su hilo de voz– y donde sientas blando, mete la aguja.

La obedecía en silencio, con el temor de lastimar su cuerpo ya de por sí dañado. Pasaba los dedos por el muslo de mi madre. Sentía la aspereza, la rugosidad. Piel de elefante. Luego encontré una zona suave, libre de llagas endurecidas, y clavé la aguja como en un pedazo de mantequilla. Mi madre soltó un grito. Di un paso atrás, asustada. Miré su rictus de dolor, la espalda formando un arco, los dedos torcidos como alambres de púas.

–Inyecta, inyecta –dijo y señaló la jeringa suspendida en su pierna.

Me acerqué de nuevo, empujé el émbolo y la droga fluyó lentamente. Emitió en quejido que se transformó poco a poco en suspiro. Saqué la aguja. La coloqué en la mesita de noche. Se acomodó la ropa, dio media vuelta sobre su cuerpo y quedó profundamente dormida. Salí de su habitación intentando no hacer ruido.

Hace justo dos años le diagnosticaron leucemia. Asumió la enfermedad con entereza, tranquila, con la madurez que siempre quiso mostrar a sus hijas. Su cuerpo, sin embargo, manifestó el verdadero drama. Con el paso de los días empezó a bajar de peso, su piel se tornó amarilla, el cabello se cayó en mechones que dejaron círculos de calvicie. Decidió no salir de la casa: su cuarto fue la jaula que albergó la desgracia.

La veía por las mañanas. Antes del amanecer entraba a su cuarto. Me acercaba a su cama con una cubeta de agua y un

trapo empapado en alcohol. Siempre estaba despierta, acostada boca arriba, la mirada ausente clavada en el techo. Le daba los buenos días sin esperar respuesta, la sentaba en su cama y desprendía su bata de dormir: la espalda salpicada de úlceras despedía un olor a pus, a pudrición, que yo limpiaba cubriéndome la cara con la blusa. Tenía hoyos tan amplios que enrollaba el trapo con alcohol y metía la punta en su interior; sacaba hilos de infección que había supurado por las noches. Después de asearla, le ponía nuevamente su bata y la ayudaba a acostarse. Ella salía de una especie de trance, un extraño mecanismo de defensa ante la agresión de la enfermedad. Luego me pedía el desayuno. Su mandíbula estaba casi desprendida. No podía masticar alimentos sólidos. Hervía una papa y la molía con una cuchara. Después se la daba en la boca. Lo hacía con lentitud para que pudiera deglutirla.

Alguna vez me comentó que había una cosa más severa que la muerte. Perder la vida es una tragedia de la que no somos testigos. Es algo que padecen los demás, los deudos, no nosotros. Esto es peor que la muerte, alcanzó a decir antes de que el llanto le cerrara la garganta. Atestiguar su derrumbe la hacía sufrir: el deterioro lento y vergonzoso. Recobrar la salud ya no era opción.

Una mañana pidió que buscara una cuerda y le ayudara a colgarse del techo. Su cuerpo gris, infectado, casi vuelto un esqueleto, suplicaba acelerar el proceso. No digas tonterías, contesté, y acerqué la comida hasta su cama. Piensa en Mildred, tenemos que ir a verla cuando estés mejor. Dio un leve suspiro y cerró los ojos, fingió dormir. Salí del cuarto en silencio, con mucha impotencia y unas ganas tremendas de matarla.

Siempre fui la más buscada en el burdel. Ninguna chica atraía más clientes que yo.

Llegaba temprano y encontraba la fila de hombres. Los hacía pasar a mi cubículo, los sentaba, les bajaba el cierre y buscaba con la mano ese miembro que habría de engullir. Siempre, aunque el pene fuera feo o estuviera del tamaño de mi dedo meñique, les decía: Mmm... ¡Qué rica está! Ahí radicaba el placer que sentían. Parte de su autoestima –y hasta su hombría– dependía de la aceptación que generaba su verga. Nada es más afrodisíaco que unos cuantos elogios a su miembro viril; decir que lo deseamos, que nos hace sentir mujeres, les da confianza y los pone muy cerca del orgasmo. Antes de recibir al siguiente cliente, hacía gárgaras con enjuague bucal de menta. Me ayudaba a mantener la boca limpia y ofrecer la sensación que tanto buscaban: apenas ponía la boca sobre su glande, estiraban las piernas al sentir el aliento gélido de la menta. No esperaba disfrutar cada encuentro. Mi intención era hacer el trabajo lo mejor posible y que eyacularan en poco tiempo. Así tenía mayor margen de descanso entre cada cliente.

Algunos hombres, acostumbrados a ciertas atenciones con sus parejas, me avisaban antes de venirse. Les agradecía el gesto con la mirada y continuaba succionando hasta que sentía el fluido tibio en mi paladar. El sabor del semen, que siempre me ha parecido similar al cloro, se suprimía con el gusto del enjuague bucal.

Algunos clientes me compartían fantasías. Me pedían que me soltara el cabello, que me lo peinara en dos coletas como niña de primaria, que les mostrara los tacones o caminara descalza. Fue en el cumplimiento de uno de estos caprichos que inició mi desgracia.

Me deshice de los tacones por petición de un cliente que quería besarme los pies. Luego escuché una riña, botellas que se quebraban; terminé mi labor con el hombre en turno y, como buena chismosa, salí a ver. La curiosidad mató al gato, y vaya que a mí me dio en la madre. Apenas llegué a la barra, sentí una punzada caliente en la planta del pie. Había pisado una botella quebrada y la sangre ya empezaba a teñirme los dedos. Fui al baño a enjuagarme y seguí con la chamba: tenía la fila de hombres esperando. El dolor me hacía difícil la tarea de mamar; tomé un trapo que encontré en el cuartucho en el que atendía a los clientes y me lo amarré en el pie. La presión detuvo la hemorragia y calmó un poco la molestia. Seguí trabajando hasta la madrugada.

La herida empeoró los días siguientes. Por más que me lavé con agua oxigenada, me puse sábila y cuanto remedio casero me sugirieron, la cortada en el pie seguía creciendo. Una noche, cuando me fue imposible ponerme el tacón y entendí la gravedad del asunto, decidí ir con el médico. Gangrena, me dijo el doctor. La palabra hizo eco en mi cabeza. Había que amputar y me negué. Nadie quiere una piruja coja. Si la medicina no podía ayudarme, habría un remedio casero que sí lo haría. Me fui a casa, pero volví dos días después: el dolor insoportable no me dejaba existir. La infección había subido hasta la rodilla, tenían que cortar la mitad de la pierna. Dije que no. Preferí la muerte antes que quitarme el extremo de ese miembro que empezaba a tornarse oscuro. Ya imaginaba los chistes, las historias que se harían del tugurio donde habría una mujer con pata de palo, una suerte de pirata que comanda su barco de putas. Regresé a casa. Me puse fomentos de agua caliente, tomé diclofenaco y naproxeno, cualquier medicamento que lograra quitarme el sufrimiento. Superé mi umbral de dolor. Regresé al hospital con el grito atorado en la garganta. Me rendí ante la gangrena. Hablé con los médicos. Me puse en sus manos. Estudiaron mi situación. La

desarticularon. La extremidad, completa, estaba inservible. Hicieron el corte a la altura de la cadera. Desperté con el enorme vacío, acostada en la camilla, preocupada por la vida que tendría que llevar sin la ayuda de una pierna. Supuse que el mayor problema sería emocional. La prótesis podría ayudarme a caminar relativamente bien, pero convencer a mi cabeza de que todo seguía normal, sobre todo, convencer a los demás, iba a ser una tarea mayor.

El éxito en las putas depende también de la imagen. El cliente puede tolerar la gordura, las estrías, la piel manchada: defectos que están en los parámetros de lo común. Pero una mujer mutilada no entusiasma a cualquier hombre. Pasaron los días. La ropa que antes me ponía, ahora parecía grotesca. Los pantalones hacían evidente la diferencia entre una parte y la otra. Hay línea de ropa para mujeres embarazadas, pero ¿y las mutiladas?, ¿en dónde compran ropa las mujeres que no tienen pierna?

Dejé de coger con los clientes por obvias razones. Usé un ahorro que tenía guardado y lo invertí en una prótesis. Me tomó un tiempo acostumbrarme, aprender a caminar de forma casi natural. El dinero empezó a escasear y tuve que volver al tugurio, a valerme de lo único que sabía hacer. Me encerré en el cubículo, ya no me daba el lujo de pasearme y conseguir más hombres: el trabajo me había permitido crear mi base de clientes frecuentes, leales.

El primero llegó temprano. Corrió la cortina y me encontró frente a la silla, ya de rodillas. Abrí la bragueta y me puse a mamar como si fuera la última verga de la tierra. Estaba entregada a esa labor y no me percaté cuando el cliente empezó a tocar mi pierna, la prótesis, mejor dicho, y descubrió el truco bajo la ropa. Fueron necesarias un par de horas para que la noticia fluyera como río. Los clientes entraban a ver mi cuerpo en lugar de recibir su mamada.

Me fui del burdel. Luego intenté dar masajes. Estuve a punto de rendirme hasta que surgió el primer cliente: un chico sin brazos ni piernas. Cada semana acariciaba sus muñones, lo estimulaba, lo hacía eyacular, pero trabajar con él me hacía sentir más miserable.

El primer intento de suicidio fue en la casa de mi madre. Me dirigí al jardín trasero, al nogal que tenía sembrado al fondo del patio. Mientras ella hacía la comida, aproveché para llevar una silla plegable, me subí a ella y amarré un mecate a una de las ramas. Hice los nudos, lo sujeté a mi cuello, y con mi pierna, la real, di una patada a la silla. El sonido alertó a mi madre, quien usó el cuchillo que tenía a la mano para cortar el cordón que me unía al árbol.

El segundo intento fue con pastillas. Tomé una caja de clonazepam, 16 tabletas que quedaban en la mesa de noche de mi madre, y las engullí con un vaso de agua. Luego me acomodé en la cama, me cubrí hasta el pecho, y me dispuse a esperar serenamente la muerte. Desperté en una cama de hospital después de un lavado gástrico al que me habían sometido. Mi madre, de nueva cuenta, me había negado el derecho a morir. Luego pensé en conseguir una pistola, pero me aterraba la idea de sobrevivir y quedar idiota. Fue entonces que me enteré de los encuentros con la diosa Aracne. Ya había conseguido unidades de fentanil cuando mi proveedor, un anestesiólogo cuya plaza fue retirada por consumo de drogas, me comentó de un colega suyo que estaba involucrado en ese proyecto. Dijo que deseaba sumarse, que era un negocio más lucrativo que la plaza de una institución de gobierno. Habló de los pacientes que había atendido en la unidad de cuidados paliativos, de su deseo de ayudarlos a morir, a terminar de manera breve con su dolor, en lugar de someterlos a tratamientos que no hacen más que extender su agonía. A su colega le interesaba en especial un sector, aquellos que, a pesar de

su buena salud, deseaban terminar con su vida por el motivo que fuera. Cada razón se respetaba. Era un plan alterno, misma mecánica y mismo veneno. La diferencia era que al final, en lugar de reanimar al paciente, se quedaría dormido en brazos de la diosa Aracne. Estaba entusiasmada. Quedaba solamente esperar a que el proyecto se consolidara.

Estaba sentada en primera fila. La ceremonia iba a comenzar.

Recibí la invitación hace un par de semanas: me habían nominado a la presea “Mujer de honor” que otorga el gobierno del estado por mis actividades sociales. A cierta funcionaria le llamó la atención la fundación que dirijo: en ella coordino brigadas y llevo terapia psicológica a sectores vulnerables. Siempre he creído que la violencia en dicho estrato se combate, además de la educación, con buena estabilidad emocional.

Eran varias candidatas. El conductor del evento mencionaría a las tres personas premiadas, luego una breve semblanza de cada una de ellas.

El tercer lugar fue otorgado a una chica que estudiaba un doctorado en Alemania. Ella trabajaba en el desarrollo de un artefacto que, por medio de estimulación magnética en el cráneo, ofrecía una alternativa para tratar la depresión. En aquel momento sentí que no había posibilidades: difícilmente mi labor podría superarla.

Para mi enorme sorpresa, el conductor anunció mi nombre y pasé a recibir el diploma del segundo lugar. Seguramente el quehacer con la gente humilde conmovió a los jurados. Los pobres siempre dan esa ventaja.

El ambiente se puso tenso. La expectativa aumentó cuando estaban por anunciar a la ganadora. Debería ser, pensaba yo, una mujer cuyo esfuerzo aportara un enorme beneficio a la sociedad y, por otra parte, algo que resultara a la vez conmovedor.

El conductor sacó el sobre. Dijo el nombre en voz alta y enseguida se reprodujo en video la semblanza de la ganadora. Sentí una sorpresa movida quizá por la indignación. Luego miré a la chica del tercer lugar. Ella levantó las cejas, apretó los labios. Era de no creerse.

La afortunada: una mujer que limpiaba casas, lavaba ajeno, juntaba latas de aluminio para mantener a sus hijos discapacitados.

Subió al escenario con ojos llorosos, agradeció a la gente con monosílabos, mencionó que solamente había estudiado hasta segundo de primaria y este premio la impulsaba a seguir adelante.

Su discurso, que se esperaba de al menos un par de minutos, no superó los 20 segundos. Luego volteó a ambos lados, deseando que alguien la rescatara. Levanté la mano, hice una seña al conductor y me aproximé al micrófono. El hombre anunció que una de las ganadoras quería dar unas palabras y me cedió el lugar.

Frente a la multitud, tomé aire y empecé un discurso espontáneo: Para los miembros del jurado. Agradezco que valoren mi trabajo y sean parte de un proyecto que intenta reducir la brecha de igualdad de género. Lo que no entiendo es su postura misógina que los hace concebir la maternidad como una condena y las mujeres que son madres, como mártires. Compañera, me dirigí a la ganadora, es una pena que tus hijos sean discapacitados, pero no esperes que te premien por sacarlos adelante, esa es tu obligación, en ese momento levanté el dedo índice y la señalé. Como si el gobierno te hubiera embarazado y ahora quieres que te ponga una estrellita en la frente. Aquí les dejo su pinche diploma, y espero que el año siguiente elijan con la cabeza y no con las entrañas. Dejé el reconocimiento y me fui. Hubo un silencio en el auditorio, interrumpido a veces por rumores de la gente. Nadie me quitó el micrófono. Eso lo aplaudí.

Luego de llegar a casa y pensar lo sucedido, comprendí, constaté, mejor dicho, que tenía problemas con mis arranques de enojo.

Quien elige estudiar psicología lo hace con una intención inconsciente: curarse a sí mismo más que atender a los demás.

Desde niña sabía que había un problema con mi mente. Cuando viajaba en coche con mi madre, veía a la gente parada en la acera y fantaseaba con tomar el volante y dirigirme hacia allá para pasarles el auto por encima. En otras ocasiones, cuando me sentaba en el asiento trasero, me asomaba a la ventana y apenas veía a una persona, le decía en silencio: Te vas a morir. Extendía los dedos índice y pulgar, simulando pistolas, y ¡pum, pum, pum! Imaginaba el disparo en la cabeza, la explosión de los sesos, el cuerpo tirado en el charco de sangre.

Con el paso de los años sublimé aquellos deseos. Acciones menos drásticas, pero a fin de cuentas destructivas. Recuerdo la vez que tomé una ficha y rayé el coche de mi exnovio, o el día en que usé las redes sociales para dañar la reputación de una chica que le coqueteaba a dicho ex.

Comencé a visitar psicólogos, psiquiatras, ingesta de antidepresivos, pero nada parecía funcionar. Tenía temporadas de “normalidad”, días en que salía a la calle como cualquier ciudadano a estudiar o hacer mis compras, pero el resto del tiempo, sobre todo en las noches, me debatía entre el suicidio o seguir soportando mi estado de ánimo con la esperanza de que iba a mejorar.

Terminé la carrera. Apoyé a decenas de personas con problemas similares al mío, pero no pude resolver mi pesar. Hasta entonces había mantenido mi problema oculto: los pacientes no podían saber que alguien más enfermo que ellos pretendía ayudarlos.

Fue el día de la premiación que noté que mis conflictos me estaban rebasando. Nadie querría atenderse con una mujer desequilibrada y fuera de sí.

Continué mi terapia, pero ahora cargaba un lastre mayor: sentía una profunda culpa por aquella mujer a la que increpé. El momento más feliz de su vida, así lo refirió en el discurso, arruinado por una persona terriblemente envidiosa. La imaginaba llegando a su casa, los hijos postrados exigiendo los detalles del evento. Ella vuelve a llorar, un llanto más sentido que en la ceremonia, y les comparte mis palabras de desprecio. Los hijos quizá me odien sin conocerme.

La idea se convirtió en una obsesión que no me dejaba descansar. Mi estado emocional se fue deteriorando hasta que el suicido tomó nuevamente mi pensamiento. Ahora lo veo como algo absurdo, pero ya se sabe: los problemas se magnifican en la mente del depresivo.

La muerte es también una forma de liberación. Mi terapeuta no logró disuadirme. Le puse fecha al final de mi vida. Me enfoqué en cumplir mis sueños alcanzables: un viaje por el sur de México, luego regresar a morir. Me despedí de él: tantos años de terapia habían creado un vínculo muy fuerte. Me ofreció una disculpa: mi caso había sido una derrota para él como psicólogo. Me dio un fuerte abrazo, cosa que nunca había hecho, y me deseó buena suerte.

Luego de algunas semanas de viaje por pueblos pequeños, selvas, sitios arqueológicos y lugares oníricos que no habría podido imaginar con la depresión que me cargaba, regresé a mi ciudad con la firme intención de colgarme de una viga.

La última visita que hice fue a la casa de una colega. Me había invitado con insistencia y decidí platicar con ella. Cuando entré a la sala vi a una joven mujer que al parecer me aguardaba.

–Me tomé la libertad de compartirle tu caso. Ella fue mi paciente hace meses. Tuvo dos intentos de suicidio, hasta que alguien le habló del encuentro con la diosa Aracne. He estudiado el fenómeno recientemente. Quizá pudiera ser alternativa con pacientes que no muestran mejoría ante los fármacos.

La chica se presentó. Habló largamente de la experiencia que “sanó su alma” y al final, y con el apoyo de mi colega, me instó a probar la opción. Acepté con cierto recelo. No tenía nada que perder.

*

Luego de agendar la cita y hacer un ayuno de ocho horas, llegamos al quirófano del doctor Sergio. Le pedí que me explicara cada cosa que tenía en el lugar. Había un carro de paro con desfibrilador, jeringas, unidades de adrenalina y atropina, suero para emergencias, tanque y mascarilla de oxígeno. Al parecer estaba prevenido para cualquier emergencia. Sentí confianza cuando mostró su título de médico. Me recosté en la camilla que tenía al fondo del remolque. El quirófano estaba adaptado a un camión que podía trasladarlo según conviniera.

Mientras ponía anestesia local en la zona en que iba a inyectar el veneno, explicó que sentiría una especie de hormigueo, quedaría inconsciente en unos minutos, tiempo que variaba entre cada paciente, y antes de caer en paro respiratorio, ellos habrían de reanimarme. Mi pulso estaría monitoreado en todo momento.

Estuve observando cada rincón, a los médicos que atendían los aparatos, el techo blanquísimo, a mi amiga y a la chica sentadas muy cerca de mí. Poco a poco el sueño me fue venciendo, la somnolencia me cerró los párpados y ya estaba caminando en un lugar oscuro, muy húmedo y algo frío. Me bastaron un par de pasos para verla frente a mí: inmensa y altiva, avanzaba a mi encuentro con porte fúnebre. Me deshice en llanto al tenerla cerca. Eugenia, le dije entre sollozos; no podía ver su cara pero reconocí a mi abuela en aquel ser. Me abandoné en sus brazos, me apoyé en su pecho. Ella acariciaba mi cabello, me besaba la frente y en silencio me ofrecía todo ese amor que me hubiera

gustado recibir de niña. Las lágrimas no dejaban de fluir. Tomó suavemente mi cabeza y la apoyó en su cuello. Yo besaba sus hombros, aspiraba su olor y recordaba el perfume de flores de azahar que usaba todas las mañanas. Qué bueno que viniste, Eugenia, le dije con la voz más dulce que me pudo brotar. Ella abrazó mi torso sin dejar de tocar mi cabello, luego dos brazos me tomaron la cintura y otros dos de las piernas. Abuela me fundía a su cuerpo con sus ocho extremidades, y yo gozaba cada instante de ese encuentro tan glorioso, tan apasionado. Un manto de seda blanca me envolvía completa mientras yo, embelesada, me dejaba llevar por ese amor que nunca había experimentado. Fue entonces que abrió sus fauces y, con la misma paciencia con que me inmovilizó, se dispuso a devorarme. Me entregué a la muerte placentera, como el amante de la viuda negra que pierde la vida por un orgasmo, cuando un golpe de luz me sacó del ensueño. ¿Me escuchas?, preguntó el doctor Sergio. Miré asustada el quirófano, a mi amiga, a la chica que nos llevó hasta ahí. Me cubrí la cara. Empecé a llorar. Me sentí ligera. Es increíble lo que puede hacer un poco de afecto. La chica dio unos pasos, me tomó la mano. Ya todo terminó, dijo con suavidad. Solté un suspiro, cerré los ojos. Gracias, Eugenia, susurré.

Sergio presentó el examen por tercera ocasión. Había concluido la carrera de medicina, graduado con mención honorífica, pero, por extraño que parezca, no lograba hacerse de un lugar para estudiar la especialidad. Ser médico general lo condenaba al desempleo. Un antiguo compañero de la escuela, que había dejado la carrera trunca, lo invitó al encuentro con la diosa Aracne. Un grupo de especialistas se reunirían en el sur del país (un médico, dos enfermeras y un psicólogo) para convocar en el evento a la mítica mujer. Según comentó el psicólogo del grupo, la visión que tenían quienes eran expuestos al veneno de la araña griega, era la de una mujer grande, protectora. Pero no era otra cosa que la figura idealizada de su propia madre, de ese anhelo de regresión al vientre materno.

Se sabe que gran parte de los traumas se gestan en la niñez, en la falta de afecto transmitido por los padres. Hay un rencor inconsciente que se arrastra en la edad adulta, la agresión infligida en una etapa vulnerable. Cuando se concibe la visión de la mujer, este ser bondadoso que transmite alegría, experimentan una paz tan grande que los hace perdonar todo daño recibido. Absuelven finalmente a su madre. La relajación llega a tal grado que sobreviene un paro respiratorio luego del momento cumbre, el encuentro sexual con la diosa, una especie de complejo de Edipo satisfecho. Por eso la experiencia era tan placentera: el individuo se siente amado, protegido, se diluyen los rencores y las culpas. Alcanzan el éxtasis con el gran amor de sus vidas: su mamá. Los psicólogos están ahí para canalizar las emociones de los participantes; los médicos, para evitar que mueran.

Su intención era adaptar un quirófano en un remolque y llevar la experiencia a distintas partes del país, hacer eventos de manera

itinerante. Sergio aceptó el trabajo como algo temporal. Transportar el veneno, inyectar la dosis correspondiente y controlar los signos vitales no le causaba mayor conflicto.

*

Fue una sorpresa notar la diversidad de personas que acudían a la reunión: en un principio jóvenes drogadictos, estudiantes que intentaban expandir su mente, artistas en busca de la inspiración en algún recoveco del cerebro. En poco tiempo el encuentro se volvió más grande: padres de familia, adultos mayores: todos con un pesar que ningún fármaco o terapia había logrado aliviar. La experiencia se tornó popular en ciertos grupos sociales. El trabajo fue en aumento y Sergio pensó que estudiar la especialidad ya no era necesario.

Eva sintió un espasmo. Tocó su pecho y miró por el vidrio trasero. No había señal del otro coche. Se quedaron muy atrás, pensó.

De nuevo el espasmo.

El chofer condujo rápido, era carretera. Simplemente se quedaron atrás, se dijo para calmarse. Luego de unos segundos, la preocupación asaltó a Eva, le provocó una sacudida. Tenemos que volver, dijo, pero nadie prestó atención. Ninguno pudo escuchar tampoco cuando el coche que venía detrás dio una vuelta en el asfalto y cayó boca arriba, las llantas al aire. Nadie pudo atender los gritos, el goteo de la sangre en el parabrisas, el globo ocular rodando por la mejilla. Nadie. El coche de Eva siguió avanzando. El chofer subió el volumen de la música.

*

La invitación llegó por correo electrónico. Un espacio en el Festival de Teatro del estado. Eva se alegró, avisó a los actores de su compañía y planearon el traslado hacia aquella ciudad, a cuatro horas de distancia por carretera.

*

Eva formó a los actores en un círculo. Realizaron ejercicios de respiración, de estiramiento. Cierren los ojos. Inhalen profundo. Imaginen que están en un desierto de arena blanca. Están de pie pero comienzan a flotar. Relajen su cuello, sus hombros. Me voy a acercar a cada uno de ustedes. Cuando toque su mano, dirán en voz alta su temor más grande. Eva tomó la mano del primer actor: la muerte de mi madre, dijo sin abrir los ojos. Luego tomó la

mano del segundo: el cáncer. El tercero: las serpientes. Tomó la mano de cada uno de los actores para que construyeran su miedo a través de la palabra. Al llegar a Mildred, la más joven del grupo, la escuchó decir “vegetal”. Quedar en estado vegetal, sufrir en silencio, entre la vida y la muerte. Que nadie escuche mi deseo de morir cuando ya no hay solución. Abran los ojos.

*

Eva planeó el traslado. Nueve personas que deberían asistir, entre actores y ayudantes generales. Pidió el carro a su madre. Decidió llevar también el suyo. Al momento de acomodarse, Eva eligió el carro más reciente, el de su madre, para los cinco actores de la compañía. Los tres ayudantes y ella abordaron el segundo. A medio camino hicieron alto en la gasolinera. Cargaron combustible y compraron frituras en una tienda de autoservicio. El segundo coche se adelantó. Dos personas del primero aún estaban en el baño.

*

Eva sintió un espasmo. Miró hacia atrás. Buscó el primer coche en el horizonte. Vamos a pararnos, pidió al chofer. Detuvieron el auto junto a la carretera, aguardaron algunos minutos. Debemos regresar, dijo Eva al ver que no llegaban. Seguro siguen en el baño, ya no deben tardar, le respondieron. Salió enojada del carro, dio un portazo y decidió irse caminando. Ni siquiera había puesto el pie sobre el asfalto cuando una ambulancia, con el escándalo de las sirenas, pasó velozmente hacia la gasolinera. Eva empezó a correr, fue alcanzada por sus compañeros y subió al auto. Apenas arribaron al lugar, un grito de horror le deformó la cara: los tripulantes estaban regados en la carretera. Una de ellas, sentada

en el borde, apoyaba la mano derecha sobre la cara. Cuando el paramédico se acercó a revisarla, ella retiró la mano y parte del rostro se desprendió con todo y globo ocular. ¿Mildred? ¿En dónde está Mildred? Preguntó Eva sin dejar de gritar. De los fierros retorcidos extrajeron al chofer y al copiloto. Los compañeros estaban lesionados, unos más que otros, pero se mantenían conscientes. ¿Y Mildred?, ¿en dónde está? Alguien señaló un punto del otro lado de la carretera. El cuerpo de Mildred colgaba de las ramas de un árbol espinoso. Los paramédicos lograron bajarla, inconsciente, desarticulada, la piel cubierta de heridas abiertas. Eva gritó al ver a su alumna, un despojo de carne y sangre amarrado a la camilla. Subió a la ambulancia. Se olvidó de todo. Dejó atrás al resto de los heridos, los carros, el silencio que se percibe después de una tragedia.

*

Eva cuidó a Mildred la primera noche. Había avisado a su familia pero la madre, una mujer enferma y también postrada en la cama, no pudo ir ni tampoco enviar a su otra hija, pues alguien debía cuidarla.

Durante la vigilia sacaba un frasco de perfume y se ponía en el cuello, en las manos, incluso en las fosas nasales. Deseaba ahuyentar el olor a hospital, a muerte que acechaba. Le dolía ver a Mildred así, con la boca abierta, aquellos tubos invadiendo su garganta. Tanta juventud a punto de extinguirse. Volvió a ponerse un poco de loción. Se durmió en la silla. Los ruidos guturales de Mildred la despertaron. Se acercó a la cama. De la comisura de su boca escurría secreción entre verde y amarilla. Fue al baño. Tomó papel y se dispuso a limpiar a su alumna. Intentó retirar el fluido, pero su viscosidad era tal que se pegó como chicle entre la boca y el papel. Eva tuvo una arcada. Se esforzó por contener el

vómito. Jaló aire. Dobló el papel e intentó tomar una porción mayor de mucosa, pero siguió saliendo como un hilo interminable de la boca de la chica. Eva cerró los ojos. Aguantó la respiración. Jaló un poco más, la secreción se desprendió, colgaba como péndulo verdoso del papel higiénico. Corrió al baño. Se acercó al bote de basura y lo lanzó. Su mala puntería provocó que cayera al piso, cerca del recipiente. Levantó el papel de una esquina. La secreción viscosa se estiró. Eva recordó las quesadillas que comía en el mercado. Una nueva arcada la atacó. Tiró el papel y encima una descarga de vómito. Se limpió la boca con el dorso de la mano. Regresó a la habitación. El cuerpo de Mildred se sacudía, convulsionaba con violencia. Eva gritó. Salió corriendo. Encontró un médico y lo llevó a empujones hasta la cama de su alumna.

–Es normal –contestó el doctor.

Permanecieron de pie, en silencio, viendo a la chica retorcerse bajo las sábanas.

–Solo cuide que no se caiga –dijo y palpó el hombro de Eva. Luego de un rato se sentó junto a la cama, durmió un poco, hasta que el llanto de una mujer que había perdido a su hijo la despertó.

*

Con la ayuda de una enfermera, Eva limpió cuidadosamente el cuerpo de la chica. Deslizó un trapo húmedo por su brazo, cuello, cada pliegue que pudiera guardar suciedad y provocar una infección. Lentamente la pusieron de lado, limpiaron su espalda por debajo de la bata. Eva tomó la cabeza para acomodarla en la almohada. Sintió un filamento áspero cerca de la nuca. Lo desprendió. Una rama con dos pequeñas hojas se había incrustado en el cuero cabelludo. Siguió hurgando con los dedos. Palpó una superficie blanda, húmeda. Movié el cabello de la chica para ver lo que estaba tocando. La maraña de pelo no le permitía observar

adecuadamente. Con dos dedos tocó la nuca. Hizo una leve presión y estos se hundieron. Eva retiró con espanto la mano. Un fluido gelatinoso escurría por el borde de las uñas. Una herida abierta que los médicos no habían notado comenzó a infectarse. Luego de limpiar el área, drenaron el líquido infecto de su cabeza. Mildred entró a una especie de letargo del que ya no podría salir.

Fui al encuentro con un problema: tengo una gran dependencia hacia mis parejas. Mi última relación fue tormentosa. La separación fue peor. No aceptaba la ruptura. Lo extrañaba demasiado. Le llamaba cada hora. Le escribía mensajes y correos electrónicos. Buscaba cualquier medio para estar con él. Lo visitaba en su casa, llegaba de sorpresa o me plantaba afuera hasta verlo salir. Entendí que era enfermizo cuando recibí una orden de restricción. La terapia sólo me ayudó a entender mi condición. Fui abandonada cuando era pequeña. Un hombre embarazó a mi madre para luego escapar. Dos años después, ella conoció al que ahora es su marido. Pero hubo un detalle en aquel entonces: él no la aceptaba con esa hija. Mi madre, por lo tanto, me dejó con mi abuela para irse a formar una nueva familia. Tienes un conflicto con el abandono, me dijo la psicóloga, por eso te aferras a las personas que se quieren ir. Sabía el origen de mi problema pero no la manera de resolverlo. Mi exnovio era psicólogo y atendía a varias pacientes. Había una en particular con la que tenía mayor comunicación. En alguna discusión le cuestioné su trato con ella. Dijo que era una paciente de años, que había decidido suicidarse pero fue a una especie de “encuentro” que cambió su vida. Después del rompimiento investigué sobre dicho encuentro. Quizá fue una manera de imitar a esa chica con la que mi ex tenía mayor trato o simplemente fue una elección desesperada. Asistí confiada en algunos testimonios que recibí con las personas encargadas del proyecto.

*

Me enteré que el veneno era mortal, pero bien controlado podía sanar problemas emocionales. Llegué al quirófano móvil a la hora

acordada. Me explicaron amablemente el procedimiento. Me entregaron bata y pañal para adulto. Ya con la prenda puesta, me acosté en la camilla mientras los médicos alistaban su intervención. Me inyectaron el veneno. Sentí un leve ardor en la zona, luego un sueño cada vez más profundo. Vi una serie de imágenes muy nítidas, casi reales. Caminaba descalza por la orilla de la playa. En la mano izquierda traía mi par de sandalias; con la derecha, acomodaba el cabello desordenado por el viento. Era una tarde cálida. A lo lejos observé una mujer vestida de blanco. Caminaba también por la orilla, recogía pequeñas conchas incrustadas en la arena. Era mi madre. La veía retozar como una niña. Escuchaba su risa mientras huía con gracia de la espuma del mar. Corrí hacia ella. Cuando la tuve cerca, se alegró aún más. Tomó mis manos entre las suyas y me miró a los ojos. Te amo, hija, pronunció con su voz suave. Estoy feliz por verte de nuevo. Te pido perdón por mis fallas, por las palabras hirientes que alguna vez te llegué a decir, las veces en que fui injusta o no demostré el gran amor que te tengo. Por favor, perdóname. Te amo. Me besó la frente. Mis lágrimas no dejaban de fluir. Tanto rencor acumulado, tantos reclamos que no me atreví a decir ni siquiera ante su tumba, cada enojo y cada herida empezaron a sanar. Me derrumbé en sus brazos. Te perdono, mamá, le dije entre suspiros, te perdono y te amo. Nos fundimos en un abrazo. Las olas del mar mojaban nuestros pies. Un leve cosquilleo empezó a recorrerme sutilmente desde la punta de las extremidades hasta el centro del cuerpo, se alojó en mi pubis, en el contorno del clítoris que ya empezaba a calentarse, a endurecerse. Las pulsiones de la vulva aumentaron su intensidad, abría y cerraba de forma intermitente. Luego la sensación de placer que antecede al orgasmo. El rostro de mi madre se difuminó y observé sus múltiples brazos: me tomó de la cintura, de las piernas, de la cabeza. Su contacto me erotizó. La sensación se extendió por

todo el cuerpo, las piernas se encogieron, se abrieron como si fuese a dar a luz. Los fluidos salieron expulsados en un grito silencioso. Luego llegó la calma. Sentí que flotaba en un lago de aguas mansas, contemplando la intensa oscuridad del cielo. Era como estar nuevamente en el vientre materno. Ella me arrulló entre sus brazos, me fue oprimiendo hasta casi asfixiarme. Abrió su boca grande, profunda como un agujero negro. La acercó a mi cuello pero en ese instante desperté.

Sentí un gran alivio. El doctor terminó la intervención. Me señaló un cuarto en el cual podía cambiarme. Me retiré el pañal empapado en fluidos.

Ya no mendigo cariño. A veces creo que Aracne me entregó un amor tan grande que me alcanzó para esta vida y las siguientes tres.

Antonio recibe a la masajista. Extiende un saludo mientras la chica acomoda sus cosas: aceites, veladoras, incienso. Una vez en su lugar, ella voltea y sonríe con ternura. Hola, le dice y le acaricia la cabeza como a un cachorro. Da un paso atrás, se despoja de las prendas y queda en ropa interior. Antonio ya la espera sobre la cama: mueve los muñones como reflejo de su ansiedad. La chica se acerca, le retira la playera y el short, le deja puesta la trusa, pero Antonio le pide que se la quite de una vez. Al momento de bajarla, su pene, el único miembro de su cuerpo que está completo, azota de forma brusca contra el abdomen, preparado para la sesión.

*

El médico le aconsejó una terapia para evitar que sus músculos no se volvieran rígidos. Le asignaron un fisioterapeuta, pero a él le incomodaba sentir las manos de un hombre sobre su cuerpo, así que exigió los servicios de una mujer. Una chica joven, y al parecer con poca experiencia, lo atendió. En la primera sesión, luego de ver la erección que Antonio ostentaba bajo la ropa, la chica apuró el masaje y terminó antes de tiempo, recogió sus cosas y salió del lugar. Fue llamada unos días después pero no respondió. Antonio pensaba en la falta de conciencia de la gente: dar por hecho que un discapacitado prescinde de su vida sexual. Al final contactó a una mujer que realizaba masajes eróticos.

*

Buscando en internet encontró a una chica que ofrecía masajes pero que, igual que él, tenía una discapacidad. Luego supo que la chica era prostituta, y que luego de una complicación le tuvieron que amputar una pierna. Antonio la eligió porque supuso que habría empatía, que serían compañeros de la misma desgracia.

*

Antonio cierra los ojos. Se entrega al resto de sus sentidos. Las mejores cosas se disfrutan con los ojos cerrados, piensa y respira profundo. Siente las gotas tibias caer sobre su piel. Luego el tacto de la chica que desliza sus manos por los muñones. Exhala complacido. Una vez cubierto con aceite, la mujer empieza a masajear su cuello, desde la parte trasera de las orejas a la clavícula. Baja por los hombros. Busca con delicadeza algún nervio encogido. El miembro de Antonio se levanta lentamente, pero la chica, a diferencia de la anterior, lo asume como algo natural. Ahora empieza a masajear sus piernas amputadas a partir de la rodilla. Presiona con los dedos el inicio del muñón y sube hasta su ingle. Cuando llega a este punto, el pene muestra un pequeño espasmo que lo hace moverse de su sitio. Quizá presiona un ligamento en común, o es la simple excitación al sentir los dedos tan cerca del área. La chica toma de nuevo el aceite. Se empapa las manos. Empieza a sobar los testículos con movimientos circulares. La respiración de Antonio se torna efusiva. Los suspiros se vuelven cada vez más intensos. Siempre le ha asombrado la manera en que se puede disponer de una persona con sólo tocar ciertos puntos del cuerpo. La chica, luego de tomar nuevamente el aceite, entorna los dedos índice y pulgar en la base del pene de Antonio, como formando un anillo. Con la otra mano jala hacia

arriba, recorre su longitud como si deseara alargarlo. Siente la piel de Antonio erizarse. Los músculos vibran al roce de sus dedos. Con la palma de su mano forma una concavidad, cubre el glande con ella y empieza a mover la muñeca en círculos. Antonio suelta unos gemidos y sabe que el orgasmo está cerca. La mujer sujeta el miembro y lo empieza a jalar de arriba abajo, como comúnmente suelen masturbarse los hombres. Luego de unos segundos, el fluido brota con fuerza, salpica el pecho y abdomen de Antonio, quien apenas se repone del espasmo. La mujer toma un pañuelo desechable, limpia el semen derramado. Retira también el aceite del cuerpo. Luego le pone la ropa, toma sus prendas y se viste ella también. Se despide amablemente. Toca su cabeza con ternura. La puerta se cierra tras de sí. Antonio se descubre en soledad, mirando el techo, los cuatro muñones al aire. Asume su indefensión, su dependencia física, la carga moral que representa para quienes lo rodean. Una especie de neonato que no crecerá ni podrá convertirse en individuo autónomo. La inutilidad. Obligación gratuita para su familia. La incapacidad de comer por su cuenta, vestirse, ir al baño, caminar. Pagar para que alguien lo masturbe. Antonio se siente así: un pedazo de carne con exigencias propias, un apéndice lleno de piedras que desgasta poco a poco a su familia. Nada le queda por hacer. Siente la rabia germinar en el estómago, extenderse por el cuerpo hasta hacer temblar la quijada. Piensa en el suicidio, pero cualquiera de sus formas (ahorcamiento, disparo, corte de venas) es imposible sin brazos ni piernas. Llama a su padre con voz quebrada, intentando reprimir el llanto. Su padre ingresa al cuarto, lo carga como a un bebé y lo lleva de regreso a su cama.

El Autobús de la vida inició recorrido. Un grupo de patrullas resguardó su camino. Hizo valla para repeler manifestantes. La consigna era clara: Dios te dio la vida, sólo él te la puede quitar. La frase monumental, pintada a lo largo del autobús, estaba flanqueada por imágenes de niños en un fondo naranja. Imposible no llamar la atención. El objetivo era llevarlo a diferentes ciudades del país, recorrer sus calles y acercar el mensaje a cada persona. El presidente del Consejo Nacional por la Vida, Juan Dubois, alegaba en cada foro y ante cada micrófono su diatriba:

–No debemos jugar a ser dioses, no podemos contradecir el designio divino, imposible decidir sobre el tiempo vital de una persona, no nos corresponde.

–¿Qué pasa con los tratamientos que salvan o alargan la vida de los enfermos? ¿También es jugar a ser dioses?

–De eso no estamos hablando –respondió Dubois al reportero que lo increpaba. Dio media vuelta y subió al autobús, y en su nave de moralidad repetía su prédica en cada rincón. Su intención ya era conocida: impedir que el proyecto del doctor Sergio siguiera matando personas valiéndose de resquicios legales, y de la omisión de autoridades–. Nuestro movimiento es pacífico, por lo pronto. Ya dependerá de la respuesta del gobierno. No quisiera emprender otra clase de medidas –amenazó.

Sergio recibió una nueva paciente. Alistó el quirófano antes de hacerla pasar. Era una mujer, 35 años a lo más. Empezó a platicar de sus pesares, su dependencia emocional, pero no le puso atención. Cuando la paciente se instaló en la camilla, con su bata y pañal de adulto, Sergio inyectó la dosis de veneno. Unos minutos después, ya en estado de inconsciencia y la respiración deprimida, empezó a intubarla. Lo que restaba era vigilar los signos vitales, mantenerla estable hasta que terminara su experiencia. Después de que el paciente tuviera el orgasmo, se contaban un par de minutos para que pasara el efecto somnífero del veneno. Poseía dosis de epinefrina ya listas para inyectarlas en caso de una crisis cardiorrespiratoria. Hasta ahora no se había presentado un caso así. Cuando el paciente empezaba a recobrar la conciencia, le retiraban el respirador. Mientras despertaba, alistaban el lugar para el siguiente cliente.

Las ganancias de Sergio eran mayores a las que hubiera obtenido en consultas privadas.

La noche de ayer estuve pensando en ti. Cerré los ojos y busqué entre los recuerdos, en el mar de imágenes que me rodea cada vez que deseo abstraerme. Al final me topé contigo, con ese viaje realizado a Cartagena de Indias.

Te cuento que ya recibí los estudios. El médico llegó a la sala de espera. Saludó a mi madre. Le hizo un comentario acerca del clima. Después me miró. Su cara compungida, diferente a la que estaba acostumbrada, me hizo comprender que estaríamos aquí por un largo tiempo. Vamos a hacer nuevos estudios, Mariana, dijo el doctor con severidad, y me hizo pasar a ese lugar que ya conocía muy bien. Observé la forma en que preparó la jeringa. Abracé la almohada que tenía a mi costado. Me cubrí la cara con ella. Intenté pensar en algo cómico, en mi exnovio, por ejemplo; en la vez que llegó a mi casa con flores de cempasúchil. El médico subió mi bata. Desinfectó la zona. Colocó anestesia. Quise recordar aquellas risas. Su cara roja al enterarse que esas flores se les llevaban a los muertos. Sentí la punción, el ardor de la aguja penetrar entre los huesos. Mi madre me tomó la mano. Luego el golpe, el aspirado de la médula que subió por la jeringa. La urgencia de pensar en algo me llevó hasta ti, a esa tarde en que gastamos los ahorros con el fin de rentar un auto descapotable: deseabas conducir por la Vía al Mar, esa larga carretera que conecta Barranquilla y Cartagena a través de la costa. Acepté porque estabas loca y algo de locura me habías contagiado a mí también. Lanzamos las mochilas al asiento de atrás. Te sentaste al volante con tus lentes oscuros tipo mosca, y arrancaste. La música no me permitió escuchar tu risa. Veía tu boca abierta, esa lucha contra el viento que azotaba tu cabello en la cara. El corazón me golpeteaba el pecho. El hormigueo me subía por las piernas cada vez que

aumentabas la velocidad. Esa extraña emoción de saberse en peligro y a la vez disfrutar el momento. Como si la mente asumiera que vas a morir y te diera la oportunidad de gozar los últimos instantes de tu vida. Señalaste emocionada a tu derecha: el hermoso mar de Cartagena se extendía como un sólido manto azul sobre el horizonte. Las aves blancas, iluminadas por los rayos del sol, volaban en la superficie como pétalos alzados por el viento. Me senté en el respaldo del asiento para apreciar la inmensidad de la playa. La brisa del mar en la frente, la piel tibia y enrojecida por el sol.

“See this life like a swinging vine... swing my heart *across the line*...” Escuchamos la frase en la radio y subiste el volumen. El tablero retumbaba al compás de la música. Conducías con la mano izquierda y con la otra, en el aire, dibujabas la cadencia del ritmo. Logré apreciar tus gritos agudos, la manera de moverte en el asiento intentando bailar y conducir a la vez...

–Muy bien, Mariana, voy a extraer la aguja.

Mi madre me apretó la mano. Abracé la almohada. Cerré los ojos.

Sentí la aguja deslizarse entre mis vértebras. Un especie de hilo frío. La zona me ardió. Empecé a quejarme. Mi madre oprimió mi mano. Me encajó las uñas con la intención de que el dolor se enfocara en esa área y no en mi espalda baja. Congelé una imagen en mi cabeza: sentada en el respaldo de un auto descapotable, los brazos abiertos, cantando “Couting Stars” de One Republic mientras conduces por la carretera junto al mar de Cartagena.

–Listo, Mariana, ya puedes vestirme.

Desearía atesorar más recuerdos como ese, Fernanda; al menos para huir cuando el dolor se vuelva insoportable.

Con cariño, Mariana.

P. D.: Quizá debas traer algunas flores de cempasúchil.

*

La pierna de Mariana se ha vuelto una cloaca. Estuve presente en su última curación. Cuando el médico retiró el vendaje, un olor a podredumbre salió de las yagas que la envolvían. Estaba inflamada, con costras moradas alrededor de cada herida. Sobre la piel tenía agujeros profundos, oscuros, de los cuales brotaban pequeñas gotas de pus. Luego de limpiar las secreciones, llevaron una tina con agua preparada. Mariana se sentó a la orilla de la cama y sumergió lentamente la pierna. Cientos de pequeños gusanos empezaron a salir de los agujeros de su piel. Me tomó la mano. Desvió la mirada. Empezó a llorar de forma silenciosa. Cuando las larvas dejaron de salir, y flotaban muertas en la tina, sacó la pierna y volvió a recostarse. El médico la secó con unas gasas y la volvió a vendar.

*

Mariana asegura que nada le da más asco que esos gusanos blancos. Cada vez que observa su pierna bajo el agua tiene la esperanza de que no haya nada, que los agujeros estén vacíos, pero cuando empiezan a asomarse por las heridas, cierra los ojos, las arcadas le invaden el cuello y la espalda y reprime el deseo de vomitar. Siente el cosquilleo, las larvas que circulan de una en una entre su carne y no puede dejar de imaginarlo. Su madre le dice que no es tan malo: viéndolo de lejos, parecen granos de arroz que flotan en el agua. Lo dice para calmarla, está claro, pero siente la repulsión de saber que en su pierna anida la comunidad de insectos.

Dice que es horrible no poder alejarse de aquello que le causa asco. Como cargar día y noche con un perro muerto, que se pudre, se agusana, y cada cierto tiempo lo limpia para que se vuelva a infestar.

Querida Fernanda:

Dejaré de luchar. Voy a cerrar los ojos, que mi cuerpo fluya en la corriente del tiempo. Que se derrumbe, se corrompa, se consuma. Este cuerpo dejó de ser útil. Es una serpiente que se muerde la cola para morir con su propia ponzoña. El final avanza lento, pero nunca retrocede. La muerte invirtió los sucesos: los gusanos me asedian antes de tiempo.

Hablé con el médico de la familia. Le pedí que fuera sincero. Me tomó las manos y dijo en voz baja: Esperemos un milagro de dios. Cuando un hombre de ciencia recurre a la fe, es porque ha perdido la esperanza: ya no hay nada que hacer y cede su tarea a alguien más, un ser divino al que no se le pueda reclamar nada.

No temo a la muerte, sino al sufrimiento que la antecede.

Me he documentado últimamente. He buscado formas más afables de morir, menos agresivas que la que me espera. Leí que atarse una soga al cuello no siempre es buena opción. Si la cuerda rompe vértebras, la muerte es instantánea y quizá indolora; si no lo hace, el deceso será por asfixia. Vi fotografías de personas con lengua cercenada, amputada por los dientes que intentaban soportar el dolor del cuerpo en vilo.

Cortarse las venas en una bañera puede ser relajante, pero siempre le he temido a los cuchillos. Encerrarme en la cochera y dejar prendido el motor del auto, quizá.

Recurrí a algunos libros de medicina. Cuando creí tener respuesta a lo que buscaba, hablé con la anesthesióloga del hospital.

–Deme fentanil –le dije.

–¿Qué?

–Quiero que me lo inyecte.

–No vas a entrar a cirugía.

–Ayúdeme.

–Voy a hablar con tu psiquiatra.

La doctora no entiende que mi caso es distinto. No es una depresión pasajera: es el miedo a enfrentar la agonía, tratamientos que alargan mi existencia pero no me curan. Quiero abandonar este cuerpo que me hace sufrir, dejar de luchar contra una enfermedad que me venció hace tiempo.

*

Siempre he creído que todo aquello que vulnera la vida es peligroso. La muerte sería, por lo tanto, la mayor tragedia ocurrida al ser humano. Matar a una persona es privarla de lo más valioso que posee, despojarla de sí misma.

¿Qué sucede entonces cuando el cuerpo se consume y la muerte no se hace presente? El individuo es testigo de su propia destrucción, del derrumbe de su integridad sin la esperanza de volver a construirla. La muerte, entonces, podría asumirse como una tregua, un alivio a quien enfrenta su debacle.

La enfermedad de Mariana es incurable. Seguirá sufriendo el resto de sus días.

Sólo la muerte podrá salvarla.

Fue la mañana de un martes cuando Arturo, a sus 10 años cumplidos, palpó con inocencia el pene del vecino. Primero con uno de sus dedos: recorrió la coronilla del glande con la punta de su índice, luego, cuando el miembro abandonó su pereza, lo tomó firmemente por el tronco con sus dos pequeñas manos. Lo jaló de arriba abajo, siguiendo la instrucción del sujeto. Miró con atención la maraña negra que enmarcaba los genitales, la bolsa escrotal que empezaba a tornarse firme, robusta. Una gota rodó por la punta del miembro. Arturo detuvo su tracción. Con los dedos índice y pulgar, muy suavemente, como tenía indicado, capturó la gota que brotó del orificio. Un leve jadeo lo sacó del marasmo. Miró al sujeto. Quiso descubrir si el jadeo lo producía su caricia. El hombre, mayor incluso que su propio padre, sacudió la lengua como saboreando una paleta invisible. Chúpala, dijo por fin, con ese tono que usaba su padre cuando le daba un consejo. Arturo posó la nariz sobre la punta húmeda del glande. Lo olió, como huele todo aquello que se lleva a la boca. Percibió un olor a queso, o a crema que se guarda mucho tiempo en el refrigerador. Hizo un gesto, soltó el pene y dio un paso hacia atrás. Observó sus dedos, esa gota que ya empezaba a convertirse en pegamento. Salió corriendo del lugar. Antes de cruzar la puerta y sin parar su carrera, miró de nuevo al hombre, quien ya se inclinaba para subir la trusa anudada en los tobillos. Al día siguiente quizá iría en la tarde. Cumpliría, tal vez, la encomienda que había dejado a la mitad.

*

Arturo recibe el llamado a escena. El director lo aborda. Le presenta al actor con el que habrá de trabajar. La historia es

sencilla: Arturo abre la puerta de una patada y, con la navaja empuñada en su mano derecha, somete a la víctima que lo mira con espanto replegado en la pared. Mientras Arturo busca dinero o algo de valor para llevarse, el actor se inclina sobre la cómoda y extrae una pistola, misma que dirige a su cabeza. El poder del cañón nulifica el filo del arma. La víctima sujeta por el cuello al asaltante y, sin dejar de apuntarle, lo somete sobre la cama. Luego se baja el pantalón, descubre su verga y la acerca a la boca de Arturo quien, con la pistola apoyada en su sien, recibe la orden de mamar. La escena cobra sentido. El agresor se enfrenta a una presa que invierte los papeles: no sólo lo despoja de su fuerza, sino también de su virilidad. Nada mejor en el cine porno gay que dos hombres descubriendo su lado homosexual.

*

Arturo ingresa a la casa del vecino. En la sala, en el espacio destinado a los muebles, grandes máquinas de videojuegos se erigen junto a la pared. Deposita 50 centavos, y comienza a jugar. Apenas alcanza a ver la pantalla en la que dos personajes están por batirse a muerte. Jala la palanca, aporrea los botones para vencer a su oponente. El hombre lo observa. Recorre con su vista los pequeños chamorros rosados, ese short amarillo, muy pequeño, cuya tela se introduce en la raja de sus nalgas. Lo mira y empieza a tocarse, a sobar su miembro erecto sobre la mezclilla. Arturo ha perdido el juego. La leyenda *GAME OVER* aparece, inexorable, en la pantalla luminosa. Manifiesta su pesar con una rabieta. Busca, inútilmente, otra moneda en su bolsillo. Se dirige a su casa, arrastrando su derrota, pero el hombre lo detiene.

—¿Quieres dinero? —pregunta el sujeto, mostrando en su palma una lustrosa moneda de 50 centavos. El niño asiente, entusiasmado.

—Pues tócale aquí —le responde el tipo empuñando su verga.

Arturo contempla el bulto, su palpitar constante, como si fuera un pequeño corazón. Analiza el trato. Siente una leve opresión en el pecho, la curiosidad lo llama, el impulso por descubrir lo que hay debajo de esa bragueta. Observa al sujeto, quien lo conmina con el guiño de su ojo derecho. Se detiene. La vergüenza lo ruboriza. Sale corriendo rumbo a su casa, buscando refugio para sus emociones.

*

Arturo levanta la mirada. La suave rugosidad del escroto perfectamente depilado se apoya en su mentón. El actor, sentado en su pecho, dirige su pene erecto hacia la boca que lo espera. La pistola falsa respalda la orden. La cámara se acerca, hace un *close-up*. Arturo separa ligeramente los labios, saca la lengua. Recibe con deleite esa gema rosada que habrá de calmar la furia del hombre. La cámara se eleva para apreciar la felación desde arriba. El actor mueve la cadera de forma cadenciosa. El director exige que extiendan la escena en esa posición. Arturo toma las nalgas del actor y empuja su cuerpo hacia adelante para engullir por completo el falo. El glande toca su garganta y le produce violentas arcadas. El hombre saca su miembro envuelto en una saliva espesa, misma que Arturo se dedica a sorber. Excelente... excelente, dice el director y les pide que repitan el acto. Arturo vuelve a contraer su garganta y escurre sobre el miembro esos fluidos que se apura de nuevo a aspirar.

*

Arturo no podía dormir. Cada vez que intentaba cerrar los ojos, la imagen del vecino lo devolvía a la vigilia. Pensaba en ese bulto, la redondez contenida por la mezcilla, su misterioso palpitar, la invitación a descubrirlo a cambio de una moneda. Tenía la

impresión de que era incorrecto, pero algo lo seducía, el interés por conocer la forma, la consistencia de algo que sólo había visto en su propio cuerpo, y que debía ser diferente en una persona mayor. El inconsciente posee maneras de alejarnos de aquello que nos encanta y que, de igual manera, podría llevarnos a una gozosa perdición. La duda seguía presente. El miedo lo hizo correr esa mañana, quizá el instinto de conservación lo había impulsado a desistir. Al final, su estructura racional no logró convencerlo: al día siguiente iría, jugaría en la maquinita y, si el vecino refrendaba la propuesta, la aceptaría sin pensarlo demasiado. Estaba decidido. Esa noche, por fin, logró conciliar el sueño.

*

Poco antes de entrar a escena, ya con su disfraz de plomero de barrio, Arturo se detuvo a pensar en el momento en que decidió ser actor de cine porno. Recordó la entrevista, el lugar que visitó más por morbo que por verdadero interés. Después de unas preguntas que dejaron en claro su actitud desinhibida, lo llevaron a una sala donde ya lo esperaba un actor de bata blanca. Arturo se acomodó ante la cámara y, una vez recibida la orden, se quitó la ropa y se dispuso a coger. La exigencia era sencilla: mantener la erección, gemir de forma natural, definir si era mejor como activo o como pasivo. Lo que realmente llamó la atención de todos fue la forma de apropiarse de la verga del actor y tragarla por completo, esa manera de succionar, de hacer ruidos guturales conforme la metía hasta la campanilla. Los actores disfrutaban ese trance. Arturo se convirtió en estrella emergente, y su aspiradora oral en un referente del cine para adultos.

*

Como cada mañana, el niño sale a jugar a las maquinitas. El hombre ya lo espera al fondo del local, con una sonrisa victoriosa. Ingresan a la sala. El sujeto desabrocha su pantalón, lo baja hasta los tobillos con todo y la trusa, y se sienta con las piernas abiertas en uno de los sillones. Arturo se pone de rodillas, levanta con su mano el miembro dormido y toca el frenillo con la punta de su lengua. Aquello empieza a tomar cuerpo, a levantarse como un mástil. El niño sabe lo que tiene que hacer: cubrir con saliva el pene, meterlo a su boca hasta que un espasmo indique que llegó hasta su garganta, y repetir la operación. Luego el hombre empezará a gemir, derramará su leche tibia en la boca del pequeño, quien habrá de tragarla para evitar que el sillón se ensucie. Después de esto, recibirá una moneda que podrá depositar en la maquinita. El tipo lo mira satisfecho al saber que, como propietario de dicho aparato, todo dinero que ingrese habrá de regresar a su bolsillo. Arturo juega con fastidio. Su recompensa ya fue recibida: la contemplación del miembro que se erige, el ligero sabor agrio pero agradable, la inflamación intermitente de la uretra cuando el semen sale disparado y que percibe en su labio inferior. Juega para hacerle creer al hombre que lo hace por una moneda, cuando en realidad es un placer oscuro que le exige, imperioso, esa visita diaria por las mañanas.

*

Arturo está por entrar a escena. Antes de grabar lo asalta el mismo pensamiento: las largas horas de terapia en el diván. Ahí habló de todo aquello que lo marcó en su niñez, ese hombre que exigía ser tocado y que, a pesar de la clara agresión, era algo que disfrutaba. Luego se enteró de su muerte, ya entrada la adolescencia. Un odio

insoponible brotó desde entonces. El terapeuta explicó la raíz de dicha emoción: había un afecto depositado en el sujeto. Una vez que este falta, el vínculo queda suelto, en el aire, y regresa a nosotros generando malestar. Hacemos responsable al objeto faltante, cuando lo que causa desagrado es la energía libidinal que nos devuelve. Arturo pensó en la muerte de su padre, cómo su madre le gritaba al cajón mientras golpeaba el cristal que la separaba del cadáver. Lo hacía con coraje, con mucho resentimiento, como reclamando el cariño que no le había dado. Luego concluyó que no era su caso, que el analista estaba equivocado: lo que sentía por el hombre era rencor por haber mancillado su cuerpo, por haberse aprovechado de su candidez. En eso meditaba cuando fue requerido en escena. El director le compartió su intención de iniciar una serie llamada *Daddies and Twinks*, en la que chicos muy jóvenes tenían relaciones con hombres maduros. Poco le importaba el nombre del video. Haría gárgaras con el glande de cualquier actor que le impusieran. Del desenfado pasó a la confusión cuando vio al compañero con el que habría de trabajar. El hombre panzón de cabello entrecano extendió la mano para saludarlo. Un escalofrío le cruzó por la espalda al momento del apretón. Quizá no era tanto la apariencia, más bien fue la asociación que de inmediato hizo en su recuerdo: el vecino estaba de nuevo junto a él, esperando la mamada que por tantos años le había restringido. En la escena, Arturo llegaría a la casa de su amigo, lo recibiría el papá y lo haría pasar con la promesa de que pronto regresaría. Luego de unos minutos y, ante la ausencia, preguntaría si tenía un teléfono para comunicarse. El hombre diría: Sí, aquí está mi bocina, y exhibiría su pene erecto, mismo que el chico engulliría con fuertes ruidos guturales.

La escena fluyó de manera natural. Cada pausa, cada cambio de postura fue acatado puntualmente. Sin embargo, los pensamientos de Arturo continuaban removiendo la experiencia que ya creía sanada: la sensación de verse como niño repitiendo

ese instante que ahora resultaba doloroso. Llegó el momento de meterse el miembro del actor en su boca. Se acercó. Recordó aquel día, la recompensa de 50 centavos, el olor del glande, el sabor a queso añejo. El hombre debía tener la misma edad de su vecino cuando le pidió tocarle “allí”. Empezó a succionar. Intentó concentrarse en lo que hacía, en el momento, pero la imagen era clara y nítida. Se sintió de nuevo como un infante, ese hombre incluso mayor que su padre.

Su padre.

El deseo de eliminarlo, como postula Freud en el Complejo de Edipo.

El rencor.

Saberse vulnerable, como el cachorro que se guía por las pulsiones sin caer en cuenta del abuso.

La orden del vecino. Usar solamente los labios. Su boca infantil como un recipiente, un objeto para eyacular. Sintió de nuevo el coraje, la indignación calentaba su cabeza con la idea de haber sido mancillado. Miró los ojos del actor, quien gemía por el placer que el pequeño Arturo le prodigaba.

El patrón se repetía.

De nuevo sobajado entre las piernas de un viejo... a cambio de unas monedas.

Intentó pensar en otra cosa. En la gente que vivía peores desgracias que la suya. Pensó en su primo, por ejemplo, sin brazos ni piernas. Al menos él estaba *completo* y podía escapar cuando lo deseara, pero sabía que no podía porque su inconsciente lo traía de regreso a este ambiente, lo enfrentaba a la misma situación todos los días, a la agresión de su cuerpo frente a las cámaras, al placer que se convertía en culpa. Dicen que infancia es destino y él se dio cuenta que habría de mamar una verga el resto de su vida. Así lo entendió en ese momento. Así lo comprendía justo antes de terminar la escena.

Un nuevo paciente llegó en busca de Sergio. Antes que nada, preguntó por la intervención. Quería informarse del procedimiento. El doctor explicó a detalle: Los anestesiólogos, como él, inducen al sueño profundo a través de narcóticos. El paciente llega a un nivel de inconsciencia que incluso deja de respirar. En ese momento se le introduce una manguera por la boca que llega a la tráquea y se conecta a un respirador. Se vigilan los signos vitales mientras pasa el efecto y los doctores hacen su trabajo. En nuestro caso, se infiltra el veneno y cuidamos al paciente. La experiencia sucede casi de forma automática. El paciente comentó que, según algunos testimonios, el veneno podía llevar a la muerte. Sergio respondió que, en efecto, el veneno podía ser mortal. La toxina provoca paro respiratorio y es por eso que se le intuba. Se aplican, además, ciertos analgésicos para suprimir otros efectos del veneno. Aun así, contamos con dosis de contraveneno para mordedura de viuda negra, que es el más cercano, pero es poco probable que sea necesario. Así las cosas, si se goza de buena salud, la intervención es bastante segura. El paciente guardó silencio. Luego trató de hablar, pero de su boca salió un chillido. Aclaró la garganta, limpió una lágrima que amenazaba con salir de su ojo derecho, y explicó: El detalle es que estoy buscando una manera de morir. Si la intervención me asegura una muerte sin dolor, deseo someterme a ella.

Sergio miró a su colega, sorprendido.

–No es necesario llegar a ese punto –respondió en tono conciliador–, después de la experiencia con la diosa Aracne, verá las cosas de forma diferente.

–Mi problema no es emocional –aclaró–. Padezco una enfermedad degenerativa, los cuidados paliativos no han sido

suficientes y estoy recibiendo altas dosis de morfina. Los dolores van a incrementarse en los próximos meses. Quiero morir de una vez y ahorrarme la agonía que me espera.

Sergio miró de nuevo a su colega. No habían concebido el proyecto como una forma de suicidio asistido, pero la petición era aceptable y el proceso podía resultar factible. Le prometieron revisar su caso.

Esa misma tarde contactaron a un abogado para estudiar la posibilidad de “ayudar” a las personas a morir. Su negocio empezaría a diversificarse, el ingreso económico sería mayor y, por lo tanto, su postura ética podía tornarse más flexible.

Luego de un reporte de incendio en la vía pública, autoridades se dieron cita en el lugar de los hechos. Un remolque grande, acondicionado como quirófano móvil, fue rociado con gasolina para posteriormente prenderle fuego. Se presume que el acto vandálico ocurrió de madrugada y fue hasta las primeras horas del día en que se dio aviso a la policía. El reporte fue realizado por ciudadanos que transitaban el lugar. Las pérdidas fueron únicamente económicas. El fuego solamente afectó la parte externa del remolque. Al ser cuestionados, los propietarios dijeron sospechar de los responsables de aquel delito. Aseguraron que había un grupo de personas que se oponía a las actividades que ellos desarrollaban, que todo apuntaba a que simpatizantes de dicho grupo intentaron destruir el quirófano. Solicitan a la autoridad competente realizar la investigación que lleve a la captura de los responsables. Aseguran también que van a continuar con su labor mientras la ley así lo permita

La cámara enfoca al paciente. Una vez que comienza a grabar, le muestran la señal y empieza su discurso:

Soy Mariana. Padezco una enfermedad degenerativa y estoy en la fase terminal. La medicina tradicional no ha logrado aliviarme y los cuidados paliativos dejaron de ser útiles. Tengo dolores insostenibles. Los médicos realizan estudios por mera rutina: no hay nada que puedan hacer. Mi pierna se ha llenado de llagas y, al interior, las larvas se reproducen por cientos. La enfermedad no sólo me afecta a mí, sino al estado emocional de mi familia. Tomo esta decisión pensando que es lo mejor para todos, porque lo he meditado y es algo de lo cual estoy convencida. Decidí venir acá para que me fuera inyectado el veneno de la araña griega, sin ningún tipo de intervención posterior. Me he informado de los efectos y por eso opté por este medio, porque deseo una muerte tranquila y sin dolor. De forma libre y en pleno uso de mis facultades, solicito al doctor que me realice el procedimiento. La responsabilidad sobre este acto recae exclusivamente en mi persona, en nadie más. Deseo que mi cuerpo sea entregado a las autoridades correspondientes para su reconocimiento y entrega a mis familiares. Gracias.

La cámara registra a una persona con la cara cubierta: toma el brazo de Mariana e inyecta el veneno. Sale de cuadro. La paciente espera tranquila, mira al techo, luego a la cámara, mientras los ojos empiezan a mostrar poco a poco el rastro del sueño. Luego de unos minutos, la chica duerme plácidamente. Se presentan leves movimientos en su cuerpo. Una franca sonrisa se dibuja mientras la paciente mueve el pubis, se arremolina en la camilla. Comienza a gemir, a resoplar. Exhala un suspiro largo, apenas audible. Abre los ojos. Congela su sonrisa. Muere.

Sergio se negó a trasladar el cadáver. Preguntó a su colega otra opción pero él tampoco supo qué decir. Hasta ese momento cayó en la cuenta: era absurdo presentar el cuerpo de la persona que acababan de matar. A pesar de informarse sobre cómo librar la condena por suicidio asistido, no se quiso poner en manos de la autoridad, ya de por sí corrupta. Optaron por dejar a Mariana en la vía pública, hacerles creer que fue una muerte natural, o un accidente, o cualquier otra cosa: algo que no los implicara directamente. A fin de cuentas tenían un video que los eximía de toda culpa, y lo podrían usar en caso de ser necesario.

Esperaron la noche. Una vez que todo parecía tranquilo, sacaron el cuerpo y lo subieron al coche de Sergio, estacionado a un lado del quirófano móvil. Manejaron rumbo a las afueras de la ciudad. Depositaron a Mariana en la calle oscura de una colonia humilde y regresaron a casa.

No contaban con que un miembro del grupo del Autobús de la vida los vigilaba día y noche, los había seguido y registrado cada segundo en un video.

Ese video pesaría más que el grabado por Mariana.

Sergio llegó más temprano que de costumbre. Acomodó las cosas del quirófano y se preparó para recibir al primer paciente del día, pero un aviso cambió los planes de forma irreversible. Su colega, quien acostumbraba llegar muy tarde a trabajar, le informó por teléfono de la manifestación que se transmitía en vivo a través de los medios. Decenas de personas, encabezadas por Juan Dubois y los miembros del Autobús por la vida, exigían su captura por el delito de asesinato. Tenían en su poder la prueba en la cual se apreciaba a ambos deshacerse de un cadáver en un terreno baldío. Voy a la central de autobuses. Compraré un boleto a Tapachula, de ahí cruzaré para Guatemala. Vete de aquí porque te van a chingar. Colgó.

Sergio tomó unidades de veneno, las guardó y salió corriendo del quirófano. Al subir al auto pensó en las opciones que tenía para huir. Tomaría un autobús y viajaría al norte, tal vez a Coahuila, a alguna ciudad perdida en el desierto. Haría su vida allá hasta que las cosas se fueran enfriando.

En la central de autobuses tomó el celular y buscó en internet el mapa de Coahuila. Revisó la cantidad de habitantes en cada municipio y, de entre los menos poblados, eligió uno de ellos casi al azar. Villa Unión, cercano a la frontera con Texas. Difícilmente lo habrían de encontrar ahí.

Antes de abordar el autobús que lo llevaría a su exilio norteamericano, alcanzó a ver la pantalla de televisión: un grupo de personas derribaba el quirófano para luego destruirlo con piedras, palos y bombas molotov.

–Doctor Sergio, ¿es usted?

–¿Quién habla?

–Soy Tania. Tenía cita en la mañana pero vi las noticias, ¿está bien?

–Supongo que sí. Perdón, Tania, pero tengo que colgar: pueden rastrear las llamadas y es un riesgo seguir hablando. En la primera oportunidad voy a tirar este teléfono.

–Espere, no me cuelgue, por favor. Hablé con usted hace un par de semanas, necesito que me ayude.

–No, fue un error meternos en eso. Olvídalo, Tania.

–Por favor, doctor. ¿Aún conserva el veneno?

–Sí, pero ya me voy.

–¿A dónde? ¿En dónde lo puedo encontrar?

–En ninguna parte. ¿Qué no viste que soy un prófugo de la justicia?

–Se lo suplico, doctor, dígame dónde lo puedo localizar.

–No, Tania, ya no quiero más problemas.

–Le juro por mi vida que nadie más se va a enterar.

–¿Me juras por tu vida? Pero si tú no quieres tu vida.

–Hablo en serio, doctor, dígame por favor cómo doy con usted.

–Voy a estar el resto de mis días refundido en una cárcel por ayudar a una desahuciada a morir y quieres que haga lo mismo contigo. No me jodas, Tania.

–Si va a estar el resto de su vida en la cárcel por ayudar a morir a una persona, ¿qué más da que lo haga otra vez?

–No puedo, Tania.

–¿Por qué? ¿Qué tiene que perder?

–Nada.

–¿Entonces?

-Lo he pensado bien y no es correcto.

-¿No es correcto para quién?, ¿para los pendejos del Autobús de la vida?

-Para nadie. Tú ni siquiera estás desahuciada, mejor busca un psiquiatra que te ayude a enfrentar el problema. Es más fácil aceptarte que quitarte la vida.

-Usted no puede decir qué es más fácil si no le han quitado una pierna.

-Pues sí, pero al menos deberías intentarlo.

-¿De verdad piensa que lo de la chica fue incorrecto? Ni siquiera su familia ha puesto una denuncia, ellos saben que era lo mejor, el problema es con los fanáticos de la moral que se creen con derecho sobre los demás.

-Tengo que colgar.

-Por favor, doctor, no hay nada que perder, de igual forma seguirá prófugo de la justicia. Hágame ese único favor, se lo suplico.

-...

-Por favor.

-No quiero arriesgarme.

-¿Arriesgarse a qué? Da lo mismo si lo culpan de una muerte o de 10. Su situación no cambiará.

-...

-Doctor, recuerde lo que dijo en la llamada anterior, que iba a trabajar por el bien de las personas, que para eso se había preparado. Esto es un bien para mí, para mucha gente.

-...

-Doctor...

-Está bien... Apenas llegue a mi destino, te informo la ubicación. Sé discreta, por favor.

-Sí, doctor. Muchísimas gracias por acceder.

-Adiós.

-Doctor, una cosa más: estuve trabajando con un chico que quizá me quiera acompañar, ¿puedo llevarlo conmigo?

-Está bien.

-Muchísimas gracias.

-Adiós.

Antonio estrella de mar recibió una llamada. Era Tania, la chica de los masajes. Su padre acercó el teléfono a su oído mientras ella le informaba lo que estaba por hacer.

–Hola, ¿Antonio?

–¿Tania? Qué sorpresa, pensé que no te volvería a escuchar. ¿Qué pasó? ¿Te arrepentiste?

–Para nada, al contrario. El doctor huyó por el asunto de la chica. ¿Te enteraste?

–Claro, en todos lados se habla de eso.

–Bueno, pues ya logré comunicarme con él. Está en un pueblo al norte de Coahuila. Iré a visitarlo. Tiene varias dosis de veneno.

–¿En serio? Quiero ir.

–Justo para eso te hablo. Ya habíamos tocado el tema en algún momento y sólo te pedí que lo pensaras bien. Dime, ¿estás plenamente convencido de esto?

–Totalmente. ¿Qué día te vas?

–El próximo fin de semana.

–Vale. Organizo algunas cosas y me voy contigo.

–¿Crees que alguien te pueda acompañar? Sabes, para mí sería complicado llevarte sola, por mi condición. Si encuentras compañía sería perfecto, pero que sea de tu entera confianza, porque el doctor me pidió que lo hiciera discretamente. Si de plano no hay nadie, ni hablar, a ver cómo nos movemos.

–Sí, no te apures, yo me encargo de eso.

–Muy bien. Hablamos luego. Bye.

–Muchas gracias, Tania, nos vemos.

–Bueno, ¿Eva?

–¿Sí?

–Cómo estás, amiga. Soy Tania.

–¡Tania, qué gusto escucharte! Me alegra que hayas cambiado de parecer.

–No, amiga, sigo con lo mismo, pero ya ves, hubo un contratiempo.

–Oye sí, lo vi en televisión. Qué terrible.

–Así es. ¿Tú cómo estás? ¿Cómo siguió tu alumna?

–¿Mildred? Quedó mal. La dieron de alta pero no reacciona: no habla, no se mueve, sólo está acostada y la alimentan por una sonda. Siento pena por su hermana: debe cuidar de ella y de su madre, que tiene cáncer terminal. Alguna vez le comenté lo que ibas a hacer y se mostró interesada. Por cierto, ¿qué pasó con el doctor?

–Escapó hacia el Norte. Iré a verlo este fin de semana.

–Ay, Tania, pues espero verte antes de que te vayas.

–Yo también, amiga. Oye, ¿y la chica no querrá llevar a su madre y a su hermana?

–Vaya, y tú quién eres, ¿el ángel de la muerte?

–No, amiga, pero me duele imaginar lo que debe estar pasando la chica. Ver sufrir a sus seres queridos y no encontrar la solución. Es una especie de solidaridad. Complicidad ante la desgracia.

–Pues si quieres le puedo avisar, a ver qué me dice.

–Muy bien. Te marco en estos días para vernos. Un beso, amiga.

–Claro que sí. Abrazos, Tania.

En la cama de Antonio hay un soporte que sostiene el celular frente a su cara. Junto a este, un lápiz que toma con su boca y lo desliza sobre la pantalla. Busca el contacto de su primo Arturo, lo pone en altavoz.

-¿Bueno?

-Sí, ¿Arturo?

-¿Quién habla?

-¿Cómo estás?, soy Antonio.

-Hola, primo, qué gusto escucharte.

-Igualmente, Arturo. ¿Ya estás en México?

-No, primo, sigo en Los Ángeles. Llegaron actores nuevos y me pidieron hacer una escena con ellos. Ya estamos terminando de grabar, hoy por la noche sale mi vuelo. ¿Tú qué onda?

-Aquí nomás, lo de siempre. Quisiera pedirte un favor, claro, si puedes.

-Con gusto, primo, ¿de qué se trata?

-Necesito viajar a Coahuila este fin de semana. Usaría la camioneta de papá, pero obviamente necesito quien se aviente la manejada. Los gastos corren por mi cuenta.

-Va, me parece muy bien, sirve que conozco por allá.

-Perfecto. Otra cosa: le diré a mi papá que me vas a llevar a una terapia. Por si acaso te pregunta, tú dile que sí. Ya en el camino te explicaré qué onda.

-Sale. Nos vemos en unos días entonces.

-Claro. Muchísimas gracias, Arturo.

-De nada, primo, adiós.

El grupo suicida viaja al norte del país.

La camioneta posee tres hileras de asientos.

Al volante está un actor porno. El copiloto es un joven sin brazos ni piernas.

Atrás una mujer calva, casi momia. A su lado una chica que sólo puede babear.

Una puta sin pierna al fondo del auto. La acompaña una mujer que la ve con espanto.

Planearon su muerte con simpleza, como algo natural, como si fueran al cine o a tomar un café.

Habían esperado con ansia el momento. Cuando surgió la opción de adelantar lo inevitable, no dudaron en aceptar.

Van en busca de la diosa Aracne.

Con esperanza, con alegría, avanzan a la luz al final del túnel.

Cuando Sergio abrió la puerta de su casa en Villa Unión, le extrañó ver a Tania con tantas personas.

–Ellos vienen conmigo.

–En qué lío me estás metiendo, Tania. Quedamos en que traerías a una sola persona.

–Da lo mismo.

El doctor la miró con fastidio. Caminó hacia la reja que rodeaba la casa, quitó el candado y la abrió en señal de bienvenida. Tania regresó a la camioneta y les pidió que bajaran. Poco a poco fueron descendiendo. Arturo abandonó su asiento, rodeó el auto por la parte de enfrente y abrió la puerta del copiloto. Cargó a Antonio como a un bebé, lo llevó hasta la sala. Luego regresó para ayudar a la señora calva y entre él y la chica sana cargaron a la joven vegetal. Ya instalados al interior, el doctor sacó las dosis de veneno. Pensó en hacer videos, pedir que firmaran algún documento, pero recordó que todo eso carecía de validez, y decidió proseguir.

–Muy bien. ¿Quién empieza?

–Yo –respondió Tania.

Sergio la ayudó a recostarse en el suelo. Una vez acomodada, tomó la jeringa y le inyectó el brazo izquierdo. A Arturo le extrañó la frialdad con que el doctor daba muerte a su paciente. Tania se quedó dormida, una sonrisa congelada en su rostro. Todos en torno suyo, atestiguando los efectos del veneno. Sergio preparó otra dosis. ¿Quién sigue?, preguntó a los demás. Antonio pidió a su primo que lo acostara en el suelo, junto a Tania. Él lo abrazó, le dio un beso en la mejilla y lo acomodó. El doctor repitió la operación. Arturo lo miró con seriedad. Con tanta decadencia vista a lo largo de su vida, la muerte de un pariente no le generó

mayor conflicto. Con otra jeringa, el doctor se dirigió a la chica vegetal, pero la señora calva lo detuvo. Primero yo, por favor, no quisiera verla morir. La mujer abrazó a sus hijas, luego la ayudaron a acostarse. Después de la inyección, su hija, la sana, soltó en llanto. Sergio preparó dos jeringas más. Lo observaron con extrañeza, pues sólo quedaba la chica vegetal. Entre los tres la acomodaron junto a su madre. El doctor la inyectó en el brazo. Su hermana le dio un beso en la frente. Se echó a llorar.

Estuvieron en silencio unos minutos. Las personas del suelo fueron muriendo plácidamente, de uno en uno.

*

La contemplación fue interrumpida por un golpe en la reja de metal. Sergio asomó por la ventana: patrullas bloqueaban su entrada, policías golpeaban la cerca para ingresar. Salió por la puerta trasera, colocó una escalera en la pared del patio. El terreno colindaba con una bodega abandonada, luego más casas y lotes baldíos.

–Suban rápido.

–Nos van a agarrar de todas formas –dijo Arturo.

–A quien buscan es a mí. Rápido, váyanse.

–¿Usted se va a entregar? –preguntó la chica.

–Dejé una dosis lista.

–¿Tiene otra para mí? –cuestionó nuevamente.

Se escucharon gritos. Los golpes aumentaron su fuerza. Bueno, yo me voy, dijo Arturo y subió la escalera. Dio un brinco al otro lado de la barda. Sergio y la chica volvieron a la casa. Ella se acostó entre su madre y su hermana, levantó el brazo izquierdo hacia él. Sergio le inyectó el veneno que había destinado para sí mismo. Preparó nuevamente una dosis. Los golpes eran cada vez más estridentes. Se acostó en un espacio libre, junto a los muñones

de Antonio. Se pinchó la vena. Inoculó el veneno. Cerró los ojos. Esperó que la diosa llegara mucho antes que los policías.

*

El comando policial ingresa a la vivienda. A pesar de la experiencia en casos especiales, se sorprenden al ver la escena: en la estancia hay un hombre sin brazos ni piernas, una mujer calva, otra sin una pierna, una más con una sonda que brota del vientre, hay también una joven de apariencia normal y el doctor Sergio, el hombre que buscan, pues se le acusa de asesinato. Todos yacen en el suelo, boca arriba: una plácida sonrisa ilumina su rostro.

Sergio siente un hormigueo en el brazo. Decenas de pacientes atendidos y nunca había probado el veneno en su cuerpo. Apenas cierra los ojos y ve claramente la bóveda, el espacio oscuro en el cual camina a tientas. Al fondo, en lo alto, la gran estrella que guía su camino. El cuerpo luminoso desciende a cada paso que da. Una estrella de ocho picos. Por fin logra verla con claridad: es una araña enorme, majestuosa, pero alcanza a notar en el centro un rostro conocido: es su madre que lo mira con dulzura, que se acerca silenciosamente y acaricia su mejilla con una de sus patas. Sergio siente la ternura de su tacto, se conmueve hasta las lágrimas y se entrega al amor de esa madre que, poco a poco, lo devora.

Madre araña

Abril 2019

Editado por la Coordinación Editorial
de la Secretaría de Cultura de Coahuila
y por el Consejo Editorial del Estado
e impresa en los Talleres Gráficos

Prof. Arturo Berrueto González

Se utilizó tipografía Adobe Caslon Pro

El tiraje fue de 500 ejemplares

